

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA ACADEMIA

DE CIENCIAS DE LA FEDERACION RUSA

MOSCU, 3 de Junio de 1993.

Señores académicos:

Agradezco la distinción con que me honra la Academia de Ciencias de las delegaciones. Es verdaderamente un gesto de generosidad que lo recibo como expresión, más que de mis méritos personales, del aprecio que los científicos y académicos de Rusia sienten por lo que Chile -como República sudamericana, independiente, que ha luchado siempre por la libertad y por la justicia-, representa para ustedes.

Reciba, señor Presidente y señores miembros de la Academia, mi más profundo reconocimiento y la certeza de que trataré de estar siempre a la altura de tan honorífica distinción.

Les ruego, al comenzar mi exposición antes ustedes, tener presente un hecho significativo. Esta prestigiosa Academia, que ha efectuado tan importantes aportes al desarrollo de todas las disciplinas del saber humano, nació casi cien años antes que los chilenos consolidáramos la independencia de nuestro país. Aquí se generaba un conocimiento útil a la humanidad, un siglo antes de que el pueblo de Chile madurara para participar, con virtudes propias, en la aventura del saber.

Por lo tanto, sería arrogante que yo pretendiese dirigirme a ustedes como si tuviera lecciones que dar.

Pero con la misma humildad que declaro que mi propósito al comparecer aquí no es el de dar lecciones, deseo también expresar mi orgullo por compartir en esta Academia lo que ha sido nuestra

experiencia de transición del autoritarismo a la democracia.

Hay quienes, ante el embate de la crisis, han vuelto sus ojos hacia el pasado reciente de Chile para señalarlo como paradigma de las fórmulas correctivas que habría que aplicar en tiempos de inestabilidad política, dificultades económicas y malestar social.

¡Cuán errados están! Si tiene Chile algo en qué ser paradigma, es en su tradición democrática. A quienes así piensan yo les diría: si van a volver la mirada hacia Chile, vuélvana para descubrir lo que históricamente nos caracteriza, lo que es nuestra esencia.

Sé que los estados miembros de la Federación Rusa viven hoy un momento de gran dinamismo político, cargado de tensiones y desafíos. El mundo mira esta experiencia con admiración, por lo que ella encierra de valentía; con atención, por lo que tiene que enseñar; y también con preocupación, por lo que implica para las propias naciones de la Federación Rusa y para la humanidad toda.

Si la experiencia de mi país sirve para alentar a los pueblos de la Federación Rusa y a sus dirigentes en la búsqueda confiada de un futuro mejor, me sentiré doblemente honrado de hablar hoy ante ustedes.

Digo doblemente porque, primero, ésta es una instancia que me permite exponer la experiencia chilena para estimular la comprensión mutua entre nuestros pueblos y Estados. El nuevo y aún incierto escenario al que la humanidad ha accedido con el término de la confrontación ideológica, hace necesario profundizar esta comprensión con el objeto de obtener beneficios para todos.

Segundo, porque esta Academia es casa de figuras tan insignes como Lomonosov, Keldish, Ailer, Bernully, Bar, Pavlov, Mechnikov, Vernadsky, Alexandrov y el señor Osipov, quien hace pocos días ha regresado desde Chile, en donde dejó la imagen de la excelencia académica rusa.

Hablar ante este selecto auditorium del pasado y del presente es un estímulo y un privilegio.

Por todo lo anterior, quisiera que mis palabras fuesen tomadas como una reflexión en voz alta. Como Presidente de Chile me sentiré halagado si ellas son útiles para lo que es el trabajo propio de esta Academia: la producción de conocimientos.

La primera reflexión que quiero compartir con ustedes es que el proceso de tránsito del autoritarismo a la democracia en Chile es, básicamente, una experiencia de recuperación democrática y tiene, por tanto, rasgos que la distinguen de aquellas situaciones en que la democracia debe ser creada desde sus cimientos.

Esto significa que los chilenos hemos podido encontrar recursos en nuestra propia historia y en su tradición política, para sacar adelante la transición que se inició a fines de 1988.

Estamos orgullosos de haber conducido una transición que, en lo fundamental, ha resuelto los principales escollos de un proceso donde, por su naturaleza pacífica y pactada, los actores y fuerzas del antiguo régimen gozan, como todos los ciudadanos, de los beneficios del Estado de derecho. Del mismo modo, nos asiste la satisfacción de haber contado con el compromiso del pueblo para entender las limitaciones de este proceso y posponer legítimas aspiraciones con el propósito de alcanzar las metas políticas y económicas que nos habíamos trazado.

No creo posible trasladar mecánicamente las soluciones particulares de Chile para transitar del autoritarismo a la democracia. Nuestra transición no pretende ser un modelo. Creo, en cambio, que si hay algo de valor universal en la experiencia chilena de estos últimos cinco años, es la opción moral que hizo el pueblo de Chile para superar el régimen autoritario con los instrumentos de la paz, la verdad y la justicia.

No desconozco el peso que en esa opción pudo ejercer el pragmatismo ante la imposibilidad de vencer el poder armado del Estado autoritario. Pero puedo afirmar con certeza que los factores decisivos que determinaron esa opción estuvieron en la coherencia de los valores de la oposición democrática con la tradición política de Chile.

Ello hizo posible que el pueblo chileno participase masivamente, aun en un ambiente adverso, en el plebiscito de 1988 que derrotó la alternativa que pretendía prolongar el régimen autoritario, y luego en las elecciones por las cuales la Concertación de Partidos por la Democracia alcanzó la victoria.

Uno de los rasgos distintivos de nuestra historia fue la consolidación temprana de un sistema político que estableció mecanismos institucionalizados para dirimir los conflictos de poder, que fue perfeccionándose a través de sucesivas modificaciones.

Así, paulatinamente se fueron dando formas de participación que permitieron al país asumir los desafíos económicos que implicaba su inserción en el sistema internacional y las presiones socio-políticas que entrañaba la incorporación de nuevos estamentos al sistema político.

Otro rasgo de nuestra historia es el temprano reconocimiento de la libertad como valor fundamental de la convivencia, que se expresó ya en sus primeros ensayos constitucionales. Chile fue una de las primeras naciones americanas en abolir la esclavitud y uno de los pocos países del hemisferio que no cayó en largos períodos de dictadura.

Del mismo modo, hay también tempranas manifestaciones del deseo de introducir grados de igualdad social en una sociedad caracterizada por privilegios y diferencias. La lucha por ampliar y desarrollar estas virtudes produjo una cultura de valores cívicos.

Por otra parte, creo preciso señalar que la idea democrática en Chile ha estado impregnada de un sentido ético. Este sentido ético no sólo hizo a la democracia sinónimo de orden institucional adecuado para el respeto y desarrollo de la dignidad humana, sino también de lealtad en el juego político, vocación de servicio público entre nuestras élites nacionales y probidad de la burocracia en la administración del Estado.

Puedo decirles que esta tradición democrática subsistió esencialmente incólume en nuestra sociedad durante los 17 años del autoritarismo.

Es, sin duda, más difícil el trabajo cuando estos valores hay que estimularlos donde la democracia no tuvo tiempo de cuajar como tradición y cultura, y en un contexto de crisis que no facilita su implantación.

Pero no quiero dejar entre ustedes la impresión de que los chilenos gozamos de una historia política paradisíaca o de que todos los recursos se hallan en nuestra historia y cultura.

Llegó un momento en el cual nuestro sistema político no fue capaz de dar respuesta a los requerimientos sociales y económicos de una sociedad crecientemente organizada y participativa. Por su parte, una excesiva ideologización condujo a visiones globales excluyentes y llevó a un esquema político altamente

confrontacional.

Señores académicos:

También quiero compartir con ustedes otra característica de nuestra experiencia de recuperación democrática, que se dio en un contexto de modernizaciones que ya estaba en marcha. Esto ha significado que nuestro gobierno ha debido abordar un conjunto heterogéneo de tareas.

En primer lugar, la tarea de restauración era especialmente decisiva, porque no se trataba sólo de restablecer las formas fundamentales de la democracia y el estado de derecho, la división de poderes, las prerrogativas de los actores políticos, la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, sino también era fundamental llenar la democracia de contenidos reales. Era básico restituir a todos los chilenos sus derechos políticos, pero también disipar el miedo y devolver la confianza para poder actuar con la plenitud de su libertad.

Ello significaba que las instituciones democráticas respondieran a las aspiraciones del pueblo y que fuesen eficientes en el manejo económico.

Del mismo modo, debíamos hacer un gran esfuerzo por restaurar el tejido social.

El autoritarismo conllevó múltiples marginaciones y exclusiones: un exilio político que afectó a miles de chilenos y un exilio económico para otros miles que no encontraron medios de sustento en su propio país. Violaciones diversas a los derechos humanos, restricciones a las organizaciones del mundo del trabajo, castigo laboral por razones políticas para miles de funcionarios estatales.

La democracia ha debido enfrentar la reparación de estas heridas, para que la sociedad pudiera vivir en un clima de paz.

Igualmente, resultaba imprescindible devolver al Estado, después de un experimento neoliberal a ultranza, un rol activo, conforme a lo que necesita un país que aún no alcanza los tres mil dólares per cápita al año.

La tesis liberal del Estado mínimo se había plasmado en la

del Estado subsidiario que sólo tomaba a su cargo aquello que los agentes privados no podían o no querían realizar. En los hechos, esto fue una falacia. La profunda crisis que afectó a Chile en los años ochenta demostró que, en un país en vías de desarrollo, la sola iniciativa privada y el crecimiento económico que ella genera no logra superar las graves desigualdades sociales ni la pobreza en que viven millones de nuestros compatriotas.

La democracia, entonces, debía encontrar un equilibrio entre mercado y Estado para promover en la sociedad mayores grados de igualdad.

Todo este desafío ha sido posible porque hemos incorporado las lecciones aprendidas de nuestra historia reciente.

En esos años de sufrimiento recuperamos, en primer lugar, la conciencia acerca del valor de la democracia.

Las distorsiones que alentaban las soluciones populistas o las que la concebían sólo en determinados niveles de desarrollo económico y cultural, o como un mero instrumento para capturar el poder, después de lo cual el orden democrático burgués podía echarse por la borda, han sido superadas.

Hoy sabemos que la democracia es un bien que se gana o se pierde, se fortalece o se debilita, se reproduce o se extingue con nuestras acciones cotidianas.

Sabemos también que la estabilidad política en una democracia exige la permanente búsqueda de consenso, aún cuando aceptamos que el conflicto también es parte de la vida política. Pero nuestra disposición fundamental es la de evitar que un problema devenga en conflicto, y si el conflicto no se puede evitar, resolverlo por medio del diálogo y la negociación.

Estar dispuestos al diálogo y la negociación significa aceptar que los actos humanos tienen consecuencias y que, por lo tanto, debemos hacernos responsables de nuestros actos.

En sociedades plurales que quieren regirse por la democracia, ningún interés particular puede tener garantizada su hegemonía. De aquí que la institucionalidad democrática debe intentar conciliar los intereses particulares con el bien común de toda la sociedad.

Una segunda gran lección que hemos aprendido es que las

concepciones populistas en el manejo económico, tan frecuentes en nuestra América Latina, han sido una causa de las presiones sociales y de los golpes militares que las sofocaron. Populismo y militarismo no son más que dos caras de la moneda de la frustración social, la inestabilidad política y el atraso económico.

Hoy sabemos que no puede pedírsele a la economía más de lo que es aconsejable para mantener sus macro-equilibrios.

Estas dos grandes lecciones, entre otras, nos han hecho plantearnos la recuperación democrática no como una mera restitución de lo antiguo.

Al iniciar mi gobierno, en marzo de 1990, teníamos también por delante desafíos de continuidad. Sería absurdo negar que el régimen autoritario dio impulso a un proceso de modernización que ya venía de décadas anteriores, pero con un enorme costo social. Mantener algunos aspectos de la modernización impulsada bajo el autoritarismo tiene razones en un fenómeno universal que revela que la economía de mercado, ya en aplicación en Chile, aparece como la más viable en las nuevas condiciones del mundo de hoy.

Por otra parte, el ensayo neo-liberal en Chile significó insertar con mayor fuerza nuestra economía al comercio mundial. Nuestro Gobierno ha profundizado este rumbo, que supone una racionalización productiva, una modernización tecnológica y un desafío de eficiencia para el Estado.

Creemos en la modernización económica y la hemos impulsado. Respetamos el papel de la iniciativa privada como su motor, estimulándola con normas claras y no discriminatorias. Pero entendemos también que no es el país el que debe ceñirse a las prescripciones ideales de un modelo económico, sino el modelo el que debe ajustarse a las realidades del país.

Los procesos de modernización puestos en práctica durante el autoritarismo sometieron a nuestra sociedad a tensiones que no podían perdurar.

Creemos que el funcionamiento de la economía de mercado en países que tienen profundas desigualdades sociales debe buscar compatibilizar el crecimiento con la equidad. Es necesario apostar sin vacilaciones por una opción que tenga como objetivo hacer crecer de manera significativa, constante y sustentable a nuestras economías.

Sin embargo, por fidelidad a los principios de la democracia y del humanismo más elemental, nuestra opción no puede desentenderse de los postergados. La estabilidad que requiere el progreso económico es frágil si no existe justicia social. El desarrollo de la democracia no se agota en la construcción de un sistema de instituciones y procedimientos ajustados a la regla de la mayoría, sino que debe arbitrar formas de acceso de los sectores más postergados a las ventajas del crecimiento económico.

Por eso postulamos que, aún cuando el motor primordial del crecimiento reside en la iniciativa privada, no se trata de crecer de cualquier manera, sino de hacerlo con equidad. Y esto es lo que hace a nuestra fórmula para manejar la economía de mercado tan radicalmente distinta de la fórmula neo-liberal aplicada bajo el autoritarismo. Hay una sustantiva diferencia entre la economía de libre mercado y la economía social de mercado. Una diferencia marcada no sólo porque el propio contexto democrático modifica el mercado al valorizar el trabajo y obligar al capital a buscar acuerdos con él, sino porque nuestras opciones como demócratas y humanistas reordenan prioridades económicas de acuerdo a criterios sociales y asignan al Estado un papel regulador más activo, que atempera las distorsiones del libre mercado.

En nuestra concepción, el Estado debe mantener una eficaz acción que permita a los más desposeídos incorporarse a los beneficios del desarrollo. Las políticas de equidad suponen una gran inversión pública financiada en áreas socialmente sensibles, supone promover bases de estabilidad para el aumento de la inversión y la baja del desempleo, supone el control de la inflación para que los sectores pobres no pierdan por alzas de precios lo que ganan a través de mejores salarios. Hacer posible el derecho a una vida digna, a la salud, a la vivienda y a reales oportunidades de acceder a la educación y la cultura constituye un deber ineludible del Estado contemporáneo.

El resultado de nuestros esfuerzos es alentador y promisorio. Estamos consiguiendo buenos niveles de expansión, en una situación de estabilidad fundada en la mantención de los equilibrios macroeconómicos y con políticas que apuntan una distribución más equitativa, aunque aún insuficiente, de los beneficios económicos. También nos esforzamos por mejorar la calidad de vida mediante políticas de descontaminación y conservación del medio ambiente que vienen a llenar un vacío histórico en Chile.

Es cierto, y debo reconocerlo, que nuestro programa no ha sido cumplido homogéneamente en todas las áreas y que aún quedan desafíos por enfrentar: conseguir que nuestra economía pase a una fase productiva de mayor valor agregado, fortalecer el mercado interno mejorando la distribución del ingreso, resolver definitivamente las carencias de vivienda, salud y educación, revertir el deterioro del medio ambiente.

Sin embargo, Chile está demostrando que, en el mundo de los países en desarrollo, una economía que se expande, que es estable y que busca ser equitativa y sustentable, es compatible con la democracia.

Señores académicos:

La humanidad está en los albores de un nuevo período histórico. Conceptos que antes separaban a las naciones hoy tienen un significado más universal. Confiados en las posibilidades de esta perspectiva es que creemos imprescindible comprendernos mejor para estrechar lazos de cooperación en todos los campos.

Rusia es un país enormemente atractivo para Chile. Por su larga y prolífica tradición en el área de la investigación científica, por el prestigio de sus hombres de ciencia, por la riqueza de su cultura, por las potencialidades de su comercio. A su vez, Chile ha alcanzado importantes logros en algunas áreas de la investigación aplicada, tenemos una posición de vanguardia en las estrategias de desarrollo dentro de América Latina y poseemos experiencia en la coordinación de esfuerzos entre los distintos sectores nacionales y organismos especializados, no sólo en el área científica sino también en las áreas social y económica. Las posibilidades de mutua conveniencia, por tanto, son amplias.

Me satisface, por ejemplo, haber suscrito un convenio de cooperación en el área de la cultura y, de común acuerdo, hemos decidido crear, a la brevedad posible, una comisión especial chileno-rusa para estudiar las eventuales dificultades en su aplicación y buscar los cauces para una mejor puesta en marcha del mismo.

Hago votos para que este ejemplo sea uno entre muchos.

Muchas gracias.

* * * * *

MOSCU, 3 de Junio de 1993.

MLS/EMS.